

DOCTORADO HONORIS CAUSA A MARIO MOLINA

Comprender el mundo y sentirse parte de él, buscar su debido lugar sin comprometer la armonía del universo, es una ilimitada ambición que el hombre abriga en su naturaleza más íntima. Ese deseo de entrafñarse con el universo es tan antigua como nuestra especie y por tal razón suele encontrarse como motivo primordial de los mitos fundacionales de todos los pueblos. Desde su peculiar visión, estos relatos testimonian cómo el hombre avanza en la búsqueda de su lugar en el mundo, para que finalmente le sea ofrecido el privilegio de reinar sobre las cosas y en medio de ellas construir una morada que sea a la vez espejo de su espíritu.

Quién puede dudar que vivimos hoy en una sociedad tecnológica, alejados de esa comunión con la naturaleza de la que nos hablan aquellos mitos antiguos e inmersos en una vorágine de transformaciones permanentes dentro de las cuales es difícil precisar por qué caminos se conducirá la humanidad. Gracias a un saber acumulado y a los prodigios técnicos que nos acompañan en la vida diaria, la voluntad de someter el mundo se devela en sus más profundas raíces y por ello convierte en más cercana y acuciante la vieja pregunta sobre la alianza entre hombre y naturaleza. Sorprendente paradoja: el hombre de nuestra época, igual que el de la venerable antigüedad, es presa del temor en sus relaciones con la naturaleza; sólo que hoy la angustia no nace de un entorno que lo

sobrepasa, sino que más bien surge de él mismo, de su propio saber, que traducido en un quehacer afiebrado prefigura el ominoso riesgo de hacer sucumbir la existencia planetaria.

En efecto, durante los años de la segunda gran guerra, el sociólogo Karl Mannheim observaba que uno de los dilemas cruciales que las sociedades habrían de enfrentar después del conflicto lo constituiría el imperativo de armonizar los principios de la libertad con los que él llamaba *valores de la supervivencia*. La sociedad moderna, razonaba el pensador, se hallaba en la obligación de respetar la autonomía de la persona y el derecho de actuar según sus metas propias, pero a la vez no podía sustraerse a la obligación de establecer principios éticos elementales que asegurasen la preservación de la vida humana.

El sociólogo hacía estas reflexiones preocupado por la situación política de su época, en la cual las grandes planificaciones estatales abatían las iniciativas ciudadanas. La expectativa de ver florecer sociedades abiertas, que permitieran un desarrollo más pleno de la persona confiando en su libertad, se acompañaba en Mannheim de la necesidad de recordar la responsabilidad inherente a todo grupo social de ofrecer pautas básicas de convivencia, de fijar límites a los apetitos individuales, de imponer una esfera mínima de valores comunes que rigieran el actuar de sus ciudadanos.

Vivimos en gran medida los tiempos que auguraba Mannheim: en Occidente la iniciativa privada es considerada como el eje fundamental del

funcionamiento social y económico y ésto, que ha sido propuesto como fuente de creatividad dirigida a propiciar el desarrollo, ha de ser también motivo de búsqueda urgente de soluciones a las nuevas preocupaciones éticas que la época acarrea. Esta es una tarea inexcusable, pues las promesas de una sociedad basada en la libertad sólo pueden verse cumplidas si cada quien actúa en concordancia con una racionalidad social, entendiendo que en la elección personal se halla implicado el destino de los otros.

Así pues, pensar en la supervivencia de la persona y de la sociedad no es en modo alguno un ejercicio banal. Es, antes que nada, una toma de consciencia acerca del poder que en nuestros días nos confiere el saber en la figura del quehacer tecnológico. Dicho poder no puede menos que ahondar nuestra responsabilidad, no sólo enraizándola en el horizonte del tiempo presente, sino proyectándola también hacia el porvenir.

Es precisamente considerando los alcances de la ciencia y la tecnología contemporáneas que el filósofo Hans Jonas reclamaba el nacimiento de una ética de la responsabilidad, interesada en considerar los efectos de nuestros actos en el porvenir y que se resumía en este nuevo imperativo moral: *Obra de modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida auténtica en la Tierra.* Jonas comprendía que no podíamos acceder a los beneficios de una ciencia nueva sin también una ética nueva que se elevase a la altura de la complejidad de

los amplios marcos del conocimiento actual, el cual ha de ser ponderado por su impacto en el tiempo venidero en torno a las alteraciones profundas e irreversibles que se preparan hoy para ser padecidas luego por nuestros descendientes. Por ello afirmaba: *“Ética cara al futuro” no designa una ética en el futuro, sino una ética actual que se ocupa del futuro, que trata de protegerlo para nuestros descendientes de las consecuencias de nuestras acciones presentes. Esto se ha vuelto necesario porque nuestro comportamiento actual bajo el signo de una técnica global se ha convertido en tan significativo para el futuro, y en un sentido tan perjudicial, que la responsabilidad ética impone tener en consideración en nuestras decisiones cotidianas el bien de los posteriores afectados, a los que no podemos preguntar por su opinión. La responsabilidad se deriva para nosotros de manera inintencionada de la pura dimensión del poder que ejercemos a diario al servicio de lo inmediato, pero que dejamos repercutir sin quererlo sobre tiempos venideros lejanos. Es necesario que nuestra responsabilidad sea tan grande como nuestro poder y que abarque, como éste, todo el futuro de la humanidad en la Tierra. En ningún tiempo anterior tuvimos tanto poder y tanta responsabilidad como hoy. Sólo por medio de nuestros conocimientos podemos hacernos cargo de ella.*

Comprendemos con Jonas que las ciencias, que progresan por sus propios caminos, no sólo no pueden ni deben en modo alguno desvincularse de las interrogantes morales propias de su tiempo, sino que

además deben proponerse una mirada en la perspectiva de lo venidero, de las condiciones para la existencia que aún no pueden experimentarse pero que es posible prever o imaginar. Sobre quienes las cultivan recae, pues, la obligación de señalar y enmendar los riesgos a los que nos puede someter la tecnología cuando ésta se hace obediente tan sólo al poder, desprendiéndose de su sentido originario.

Ahora bien, hemos mencionado que a una ciencia nueva debe consagrarse una ética nueva. Todo ello podría parecer un ejercicio especulativo distanciado de la práctica científica concreta en nuestros días, si no fuera porque justamente en esta ceremonia la Universidad Católica rinde su homenaje al doctor Mario Molina, uno de los químicos contemporáneos más importantes, quien nos recuerda de modo eminente cómo aquel que va en busca de la verdad a través de la ciencia puede ciertamente protagonizar una aventura por la solidaridad con los semejantes de su tiempo, mas también con aquellos aún no presentes pero que lo sucederán en las próximas generaciones.

En efecto, en el doctor Molina, cuyos méritos académicos han sido detalladamente presentados por la doctora Olga Lock, nuestra Universidad encuentra un hombre comprometido con el conocimiento cabal de nuestro entorno para ofrecerlo al servicio de la humanidad entera, a un dedicado protagonista de una ciencia reflexiva que avizora los peligros futuros de un

quehacer que, reclamándose de esa misma ciencia, la traiciona, al agotar su sentido en la pura eficacia conseguida en el aquí y el ahora.

A lo largo del siglo XX son muchos los científicos que han planteado cuestionamientos fundamentales acerca de lo que hemos llegado a ser y de lo que esperamos del conocimiento. Para el hombre acostumbrado a observar sólo el rostro tecnológico del saber, estos aportes suelen ser desconocidos. Pero en la vida universitaria la comprensión de la ciencia como compromiso con la existencia y la plenitud humanas ha de vivirse constantemente. Por ello la Universidad se empeña en preservar en sus claustros una ciencia verdadera, no sujeta a compromisos que sean otros que los de la humanidad en honesta búsqueda de la verdad y el bien. Por ello insistimos en que hoy la ciencia debe ser ciencia de lo justo, de los encuentros solidarios, saber con amplia mirada prospectiva, que ensanche la riqueza de la vida, que amplíe los caminos por los cuales marchan los hombres; conocimiento que, finalmente, sea también sabiduría y que nos prevenga de los peligros de las rutinas inconscientes, al tiempo que nos asegure el sometimiento de la técnica a los auténticos intereses humanos.

Si así lo comprendemos, entenderemos con mayor precisión el significado del homenaje que hoy rendimos al doctor Mario Molina: para nuestro claustro, su persona representa la figura del científico que no sólo es brillante en su saber, sino que, consciente de la unión indelible entre moralidad y conocimiento, ha sabido entregar aportes decisivos para los

reclamos universales de nuestra especie y el cuidado de nuestro hogar común que es la Tierra.

Doctor Mario Molina:

Es para mí un honor cumplir con la decisión unánime del Consejo Universitario de conferirle el grado de Doctor Honoris Causa de nuestra Casa de Estudios, decisión justa y fundada en razón de los altos ideales académicos que usted, como científico ilustre y persona de proceder íntegro, encarna. Reciba pues, los signos que desde hoy lo reconocen como miembro distinguido de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

18-9-2000

Nota: La ceremonia se realizó el 18 de octubre de 2000